

# ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción: Algo más que una crónica	11
Retratos alpinos	15
Las conquistas inútiles de Lionel Terray	17
Cita con el destino en el Nanda Devi	23
Rob Hall. Muerte de un guía	29
El día en que James se convirtió en Jan	33
Julio Villar, entre la montaña y el mar	37
Marinero en tierra	39
El hombre feliz que no tenía camisa	43
Míriam, súbeme a una estrella	53
Entrevista imaginaria con Míriam García	55
El día en el que la mujer blanca subió al Kaga Tondo	59
Ahora que eres una chova	63
Araceli Segarra, viento de libertad	65
La escalada solitaria de Alberto Iñurrategi	71
Aretxabaleta ayer	73
Gasherbrum I. Volver al Baltoro	75
Esta noche, la libertad	79

<b>El mundo de las alturas</b>	<b>83</b>
Historias del Aconcagua	85
<i>Sheve, je suis mort</i>	87
Algo parecido al miedo	91
Una perra llamada <i>Beltza</i>	93
Ama Dablam, la montaña que dibujó Aritz	95
Cuento de Navidad desde la Tierra del Viento	99
Cerro Torre. Cuando el lobo aúlla	105
Baffin. La isla del tesoro y el paso del noroeste	111
Fitz Roy, la montaña con nombre de marinero	115
Del Changabang al Dunagiri. El estilo inglés	119
Changui Tower ¡Hagan juego, señores!	125
La Dama Blanca. Cien mil años de soledad	129
Las contradicciones del lama Dawa Dorje	137
<b>Historias con fondo blanco</b>	<b>141</b>
Vasaloppet. La larga marcha	143
Los Centauros del Ártico	147
Los emigrantes de las nieves	151
¿Navegando en el Ártico?	157
<b>Divagaciones en letra pequeña</b>	<b>161</b>
Vencedores o vencidos	163
Mensaje a un ladrón de buitres	167
Mont Blanc. Acuérdate de mí	171
Un viejo <i>sirdar</i>	175

¿Quién me compra una motaña?	179
Cartas desde mi tienda	183
Ver a un gigante	185
Los miembros de los miembros	187
Los trenes de Khumbu	189
La cruz de Consuelo	191
Tres recuerdos de Aralar	193
Joxe, el guarda	195
El hombre bueno de Amezketta	199
El último peregrino	203
Los negreros de la montaña	207
Carta a mi nieto	213

## PRÓLOGO

En la cultura vasca, en la que radica como en una intimidad la mirada al mundo lanzada por el autor, abundan las referencias cordiales e identificativas a los paisajes. Así consta, por ejemplo, en la literatura. Recuerdo cómo Baroja se refiere repetidas veces a la vida adscrita a un paisaje simbólico, por ejemplo en la luz limpia de la mañana, a la casa entre rocas sobre la cima de un monte o a la montaña de destacada y orgullosa silueta gris en un canto sencillo al paisaje donde transcurre la vida.

Pero, al mismo tiempo, esta actitud hacia el paisaje de montaña parece que conduce, si se la sigue hasta el fin, a la amplitud y al extremo de la Tierra, a horizontes abiertos, lanzados por el mundo, hasta donde imperan leyes cósmicas de asombrosa fuerza, climas y escenarios de un planeta sin hombres, de mecanismos físicos implacables, como son los de la alta montaña. Y allí se encuentran no los rincones perdidos del universo ni las traseras de los territorios humanos, sino paisajes de extraordinaria belleza donde la calidad más exigente de la experiencia vital puede encontrar uno de sus ámbitos estrictos.

El autor de este libro ha elegido aquí el papel del cronista de ese mundo y de las peripecias de los que los recorren,

apelando al generoso valor de la escritura, que retiene la aventura y su paisaje, ambos efímeros, los transforma en palabras y con ellas los guarda, impide que se los lleve la ventisca en segundos como unas huellas sobre la nieve, los transmite, comparte e incita a revivirlos. Éste es el valor, casi exclusivo en el campo de las letras y en el de la acción, del autor de las crónicas alpinas. Es el que guarda, vigila y enseña el tesoro a lo largo del tiempo sólo al que lo merece.

Su escenario está suspendido y disperso sobre la tierra de los hombres y es común para todos los alpinistas. Su línea argumental es general para todas las montañas, única para todos los montañeros. Es un territorio real y cultural a la vez remoto, desperdigado y universal.

Pero sólo quien ha estado dentro de él puede dejar constancia de sus caracteres en el nivel requerido, sólo quien ha participado en la empresa de recorrerlo tiene capacidad para relatar la aventura tal como es, sólo quien lleva en su interior las cascadas, las grietas azules de los glaciares, los espolones inacabables de granito dorado de las grandes catedrales naturales, sólo quien está dentro del sentido de este mundo y quien lo ha interiorizado, quien haya vendido su alma a las cumbres, puede hacer participar en ese círculo de aristas, cornisas, frío, luz y sentimientos. Cuando esto ocurre, el círculo puede romper su línea cerrada y abrirse en espiral absorbente. Y entonces los lectores serán tragados por el tifón de la belleza colosal de las montañas y la mayor pasión de la aventura.

Estupenda empresa en la que, una vez más, se ha metido Antxon Iturriza reuniendo ahora crónicas distintas con un sentido único que las agrupa. Los hechos, los lugares son un mosaico selectivo en el que participa su mirada, su perspectiva propia. El autor está muy presente en su obra. Aunque ésta es objetiva, él siempre está observando y eligiendo. Esta elección es un criterio. Un amplio criterio desde un determinado e interesante observatorio que enriquece mi propia mirada. No es un libro más de historias alpinas, es una obra de autor en estilo, en posición geográfica definida, en selección,

en relaciones personales y en actitud. Y hasta en intimidad. Este libro es, pese a que su forma narrativa directa parece alejar al escritor que hay detrás, tanto lo que en él se cuenta como la personalidad del que lo cuenta.

No es, por tanto, la primera vez que Antxon toma la pluma para tal intento. Por él sabemos de historias de sentimientos montañosos y de retratos alpinos, de esencias retratadas como relatos, de ese valor de la escritura –del que hablaba unas líneas más arriba– que significa retener, renovar y compartir, restablecer sentidos e incorporaciones, saber qué se renueva o en qué se inscribe, aprender de los demás y del tiempo. Gracias a él hemos conocido hechos y valores del mundo de las alturas que podrían haberse malogrado en ese vacío que forman los olvidos. Recordar es una misión.

Al abrir estas páginas se levantan desde ellas montañas fabulosas. Ahí surge ante tu cara el Nanda Devi, la pirámide sagrada cargada del misterio de lo inencontrado, sólo posible en las remotas montañas de Asia. Unos capítulos después la bronca muralla oscura del Aconcagua se pondrá ante ti con sus repisas heladas descargando aludes y la flecha de granito del Fitz Roy abrirá un agujero en el techo de la habitación donde lees, llenándola de nieblas y celliscas y goteará el hielo de tus dedos. Si vuelves atrás buscando refugio se interpondrá ante tus pasos el Gasherbrum obligándote a subirlo desde los perdidos glaciares del Baltoro. Pero allí están de nuevo tus amigos, la luz en la acogedora tienda de campaña mientras cae la nieve en grandes copos sobre tu mesa de lectura. Si has estado allí, en ese momento estarás volviendo. Si no ha sido así, cuando vayas sabrás que ya habías ido cuando te llevaron allí estas páginas. En tu espíritu rechazarás a los «negreros». Y en el reposo recordarás las cimas, las laderas, los valles de la Sierra de Aralar como yo los evoco ahora, hermosa montaña y apacible bosque, tan llenos de escenarios como de símbolos.

Las narraciones son breves. Pueden leerse pronto una a una, pero no deben leerse deprisa, sino saboreando sus hechos,

ideas y sugerencias. Las narraciones son directas, pero todas tienen contenidos. Las narraciones son distintas, pero todas descansan en el mismo fondo y son vagones de un único tren que camina unido. En la «carta a mi nieto» –¿es abuelo un escritor tan joven?– está la explicación de la ruta.

Tú, cuando cierres el libro tras su lectura, habrás hecho una peregrinación intensa por templos sagrados, valles ocultos, cielos cegadores, mitos, referencias y gentes amigas. Si no los conocías, ahora serán amigos. Tú también serás ya, si no lo eras, uno de los peregrinos que salen en estas páginas. ¿Te habrían presentado a Lionel Terray? Claro, tal vez seas joven; pero ya has estado con él en sus conquistas inútiles. Has caminado junto al guía en la tempestad, has navegado junto al solitario... «Hay que pagar un precio por prescindir de las cosas», te aconsejan desde una arista. Y sigue cayendo la nieve sobre tu libro. «La montaña existe», toma cuerpo en tus sueños, el viento aúlla, lo desconocido tiene un nombre y una historia, una experiencia, la isla vacía se llena con la evocación de las ilusiones transmitidas por un viejo libro, Poinçonot morirá una vez más delante de ti sin que puedas hacer nada. El lama del monasterio del Himalaya quemará en tu casa ramas de enebro para bendecirla. Ahí está insinuado un estilo alpino, ya secular, un estilo de los paisajes solitarios por milenios, una entrada al laberinto donde no importa la salida sino la estancia en su interior.

Leer este libro es como ir de expedición. Como haber ido de viaje al lugar donde se guarda la memoria de la montaña.

Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN

# INTRODUCCIÓN

## ALGO MÁS QUE UNA CRÓNICA

Se ha afirmado que el montañismo es *algo más* que un simple deporte. Ésta ha sido una percepción mantenida a lo largo de la historia por muchos alpinistas de prestigio, que han afrontado el encuentro con la montaña como una experiencia casi mística y no al modo de un simple desafío atlético. El antagonista a superar para el montañero no era la pared o la arista por la que escalaba, sino sus propias limitaciones físicas y, sobre todo, anímicas.

El encuentro con la montaña comportaba, además, el establecimiento de una relación directa con las manifestaciones más extremas y hermosas de la naturaleza.

Partiendo de estos parámetros, resulta evidente que los relatos de las incursiones del ser humano en el espacio alpino deban de ser, asimismo, *algo más* que la simple narración de unos hechos. No se puede plantear con los mismos argumentos literarios una crónica sobre un encuentro deportivo celebrado en un estadio cerrado y repleto de espectadores, que



una ascensión alpina, en la que nadie observa la progresión silenciosa del montañero y la cancha de juego es el más infinito, espectacular y cambiante de los escenarios.

Esta diferenciación viene a establecer la característica más notable del periodismo alpino respecto al de otras disciplinas deportivas. El cronista montañero debe saber reflejar en sus artículos, no sólo el resultado de la ascensión, dato primordial en cualquier reseña deportiva, sino también la experiencia interior del alpinista, sabiendo enmarcarla en el entorno natural, humano y cultural en que se produce. Si no asume este condicionante, los artículos podrán servir en el futuro para cualquier referencia histórica, pero habrán perdido el mensaje de su componente vivencial.

Incluso me atrevería a afirmar que el periodista alpino tiene que ir todavía más lejos, implicando en el relato su imaginación personal. De la misma forma que el alpinista busca la innovación al trazar una nueva ruta, el escritor deberá intentar ponerse a su altura aportando caminos originales de planteamiento y expresión. Se establece así una dualidad estética, en la que la belleza de una línea de arista se puede llegar a conjugar y a complementar con la de una línea escrita con acierto. Y sólo desde esa complicidad de creatividades puede concebirse una crónica que permita al lector descubrir la esencia profunda de una ascensión.

Valgan estas consideraciones previas a modo de introducción a las crónicas que se recogen en este trabajo, seleccionadas entre las que durante casi treinta años he publicado en mi dedicación como cronista alpino en los diarios *Egin*, la *Voz de Euskadi*, *Garay* y la revista *Pyrenaica*. Una parte de ellas ha tenido que ser adaptada a un contexto más intemporal como es un libro, en el que la actualidad no juega el papel primordial que exige la prensa diaria o las revistas para las que fueron escritas en su momento; otras quizás hayan quedado desfasadas en sus contenidos o en sus mensajes, pero han sido respetadas en sus textos originales a modo de testimonio de situaciones vividas o sufridas en el alpinismo.

## INTRODUCCIÓN

Si unas y otras consiguen introducir al lector en el mundo mágico de la montaña habrán alcanzado la cima más preciada a la que puede aspirar un cronista alpino.

EL AUTOR